

**Alfonso Rey. *The Last Days of Humanism. A Reappraisal of Quevedo's Thought*. Oxford. Modern Humanities Research Association and Maney Publishing. 2015.**

Quevedo es un escritor variado, autor de obras muy diversas que se mueven en registros diferentes. A veces se muestra de un humor mordaz que no evita la chabacanería o la procacidad; otras se aparece como un desolado meditador que contempla la vanidad de la vida y de los anhelos humanos; junto a una misoginia provocadora, es en otros momentos un poeta que se eleva a las más altas cimas del sentimiento amoroso. Pero, además, su personalidad transmite la sensación de un espíritu contradictorio y crispado, de un hombre que se halla en perpetua guerra consigo mismo.

En sus tratados doctrinales, en los que expone sus ideas sobre religión, sobre moral o sobre política, lo primero que llama la atención es su estilo extremoso, sumamente expresivo, desbordante de pasión y beligerancia, ansioso de convencer como sea al lector. Muchas de las ideas que defiende con vehemencia resultan ser las más comúnmente aceptadas o, en el terreno moral y religioso, se integran en la más absoluta ortodoxia; pero al mismo tiempo late en él una perpetua pulsión transgresiva.

Es evidente que, de múltiples formas y con tonos distintos, Quevedo tiene una clara tendencia hacia lo doctrinal. Pero los lectores y los estudiosos se sienten por lo general más atraídos por la tensión torrencial de su estilo, por su furia contra el mundo y por lo que ello refleja de su carácter tumultuoso, que por el contenido ideológico de su obra.

Alfonso Rey, en su reciente libro, publicado en lengua inglesa, *The Last Days of Humanism*, que lleva como subtítulo *A Reappraisal of Quevedo's Thought*, adopta la actitud opuesta. Si ese escritor desaforado está a cada paso exponiendo ideas, impartiendo doctrina, expresando opiniones, lo más sensato será ponerse a la escucha para saber qué está diciendo, cuáles son los problemas que le preocupan, cuál es la verdadera substancia de las reflexiones que quiere transmitir a sus lectores.

Naturalmente, el autor de este libro tiene plena conciencia del carácter asistemático del pensamiento de Quevedo, y de sus frecuentes contradicciones, así como de lo lejanos que se hallan muchos de sus planteamientos de la mentalidad actual. Pero asume lo que debiera ser el presupuesto inicial de todo historiador de la cultura: una actitud receptiva, que intenta anular en sí lo que, en el momento de la escucha, pueda revelarse como prejuicios de la modernidad, como exigencias de nuestra propia visión de la realidad. La tarea del historiador consiste fundamentalmente en dejar que las cosas y los

acontecimientos del pasado hablen y, con más razón, en dejar que hablen los textos de quien estuvo toda su vida anheloso de expresarse y lo hizo con tanta pasión y con medios literarios tan poderosos. En definitiva, la postura de Alfonso Rey consiste en tomarse en serio a Quevedo como escritor doctrinal y en intentar describir de una manera ecuánime y sin prejuicios el contenido de su pensamiento.

El libro se estructura en una sucesión de capítulos que analizan distintos aspectos del pensamiento quevediano. Pero no se trata de una división en partes, o del repaso de una serie de temas, es decir, de elementos homogéneos que se situaran a un mismo nivel. El análisis fluye de acuerdo con una diversidad de facetas, tal como éstas se van desplegando y manifestando en la conciencia del intérprete. Un pensamiento, en cuanto es la expresión de un modo de ser, no tiene partes, sino que es una amalgama de temas, actitudes, preocupaciones, mezclados a veces con intereses, sentimientos y obsesiones. No posee un orden interno, sino que, fundamentalmente, tiene un sentido.

Por ejemplo, tras un primer capítulo en el que se repasan las ideas mediante las que los hombres de la época se explicaban la función y el valor de la literatura, y en el que se analiza el lugar de Quevedo en ese panorama, el autor entra de lleno, en el segundo capítulo, en uno de los aspectos centrales del pensamiento de Quevedo: el neoestoicismo. En realidad, este tema empapa o invade todos los demás, porque es el eje, tanto intelectual como vital, de la personalidad de nuestro autor. Alfonso Rey sitúa las ideas morales y religiosas de Quevedo en relación con las de otros humanistas del barroco con los que comparte una de sus preocupaciones fundamentales: la armonización del cristianismo con las doctrinas estoicas. Pero esas ideas no se sitúan solamente en el nivel de lo intelectual, sino que constituyen una respuesta a inquietudes de orden vital, que se relacionan con las angustias del yo y con el deseo de salvación y de felicidad. Esta intensidad existencial no debe llevarnos a despreciar el contenido propiamente filosófico, sino precisamente a tomarlo en toda la seriedad de sus implicaciones.

De aquí pasa el autor a considerar esas obras de Quevedo que se pueden agrupar bajo la denominación de «sátira lucianesca» y a analizar la función de la comicidad en su obra y en su pensamiento (caps. III y IV). Los *Sueños* o *La hora de todos* no son tratados doctrinales, como *La cuna y la sepultura* o la *Política de Dios*, pero no se pueden dejar al margen en un estudio del pensamiento de Quevedo. En primer lugar, porque en ellas aparecen expuestas múltiples ideas sobre el hombre, sobre el mundo y sobre la sociedad. Pero también porque el tono agresivo, la mordacidad, la beligerancia, aunque las recibamos y las entendamos en el registro humorístico, son sin duda expresión

de una actitud ante la vida, de una forma de encararse con la realidad. Además, como observa Alfonso Rey, este tono burlón le permite a Quevedo situarse ante el mundo asumiendo su multiplicidad y sus contradicciones, cosa que resulta más difícil en los libros en los que se exponen ideas generales y abstractas.

Luego se analizan cuatro temas fundamentales del pensamiento de Quevedo. El primero (cap. V), su concepción del mundo natural, es el que acaso pueda sorprender más al lector desprevenido, al constatar su preocupación por la conservación del entorno. Con frecuencia, en obras de diversa índole, Quevedo critica algunos de los comportamientos habituales del hombre en su lucha contra la naturaleza. Por ejemplo, condena la búsqueda de metales preciosos, la extracción de piedra que destruye las montañas; o censura la caza, estimando que hay que dejar vivir en paz a las aves y a los animales salvajes. En estos casos cabe considerar si se trata de la expresión de ideas verdaderamente asumidas o de la mera repetición de motivos retóricos. Bien conocemos la importancia que en la literatura áurea tienen los tópicos, los temas en los que el escritor se sitúa deliberadamente en determinada tradición, complaciéndose en volver a decir lo ya dicho, sin pretensión alguna de originalidad intelectual. Pero esto lleva a preguntarse si la asunción de un motivo literario es una operación meramente ornamental y estética, o si supone también una decisión individual. El tópico se halla en la tradición, pero es el escritor el que elige, el que decide con que elemento de los que ésta le ofrece va a dar expresión a su propia personalidad.

Los tres temas siguientes se hallan entre los que más preocuparon a nuestro autor. El capítulo VI examina sus ideas sobre el buen gobierno, asunto al que tantas páginas dedicó. Alfonso Rey hace un minucioso análisis en el que se unen la consideración de las ideas políticas propias del ambiente intelectual del siglo XVII, el estudio de lo que es propio del pensamiento de Quevedo y la influencia que ejercen sobre él sus intereses personales y sus prejuicios de clase. Todo ello con la aguda conciencia de lo muy alejada que se halla la mentalidad moderna de los planteamientos de la época, y de la obligación del historiador de preservar esa distancia y de intentar comprender estas ideas precisamente en su diferencia.

Los otros dos temas centrales son la actitud de Quevedo ante la nobleza de sangre (cap. VII) y sus opiniones sobre la guerra (cap. VIII). En ambos casos, Alfonso Rey se ve obligado a una exposición sumamente matizada, pues aquí es donde Quevedo aparece, al menos a primera vista, como más contradictorio. Su concepción aristocrática de la vida y de la sociedad parece fuera de duda, y sin embargo está constantemente censurando el

comportamiento real de la nobleza y recordando que la verdadera calidad no se halla en la sangre heredada, sino en las obras. También su visión de la guerra resulta problemática, pues unas veces asume la idea de que sólo una sociedad belicosa está verdaderamente viva y puede enfrentarse con vigor al porvenir, mientras que en otros momentos alaba las bondades de la paz. Sin dejar de admitir lo impreciso y cambiante del pensamiento de Quevedo, Alfonso Rey se esfuerza por limar las contradicciones y buscar esa armonía subyacente que tendemos a suponer en la visión del mundo de cualquier individuo pensante.

A este respecto, resulta curioso el apartado dedicado a los escritos de Quevedo en los que se da cuenta de sucesos políticos contemporáneos (cap. IX), porque aquí se pone de manifiesto que una cosa es hablar en general y de forma abstracta sobre el ideal del buen gobierno y otra muy diferente narrar hechos recientes y juzgarlos desde el punto de vista apasionado y partidista del que se siente sumamente implicado en ellos. Digamos de pasada que a lo largo de todo este libro sobre el pensamiento de Quevedo se destaca la dificultad que éste encontraba para armonizar sus ideas morales cristianas y estoicas con las exigencias de una realidad política que con frecuencia desbordaba sus esquemas mentales.

Los dos capítulos siguientes (X y XI) acaso provoquen también cierta sorpresa. Alfonso Rey se pregunta si se puede estudiar el pensamiento de un autor como Quevedo sin atender a su poesía amorosa. Tenemos tendencia a considerar la lírica como un género alejado de lo intelectual, y más aún la dedicada al sentimiento erótico. Sin embargo, hay en esta poesía una concepción de lo que es el amor y del papel que juega en la existencia humana. Sabemos además del interés que sintió la época áurea por la reflexión filosófica acerca de este tema. Y de nuevo nos encontramos con el conflicto entre tradición literaria y pensamiento individual, entre lo aceptado como simple motivo poético y lo que a través de ese motivo aflora como verdadera expresión personal.

El capítulo último, titulado «Los lectores de Quevedo», está dedicado a la recepción de los escritos de nuestro autor a lo largo del tiempo. Quevedo siempre ha sido leído y apreciado, pero, a partir de los testimonios que repasa Alfonso Rey con un conocimiento detalladísimo del tema, no siempre por los mismos motivos. Cada generación ha proyectado su sensibilidad y sus preocupaciones sobre su figura y le ha otorgado un significado diferente. Sin duda, en la actualidad se investiga la literatura del pasado con criterios más objetivos y con un nivel de especialización más riguroso, y el libro que estamos comentando es buen ejemplo de ello. Pero no deja de ser una buena advertencia y una cura de humildad para el estudioso de hoy contemplar cuán

relativos y efímeros son los criterios humanos a la hora de enfrentarse con los grandes clásicos.

Alfonso Rey no pretende hacer de Quevedo un pensador original ni un filósofo sistemático; no, se trata simplemente de un escritor extraordinario en cuyo trasfondo literario bullen multitud de ideas morales, religiosas y políticas que es necesario contemplar en su conjunto para una cabal comprensión de su vasta y variada obra. Alfonso Rey sitúa este pensamiento en la línea del humanismo, esa actitud y ese estilo intelectual que vertebró la cultura europea desde el siglo XIV hasta el XVII. Nuestro autor padece todas las limitaciones de este pensamiento y además se halla históricamente en sus postrimerías. «Quevedo... escribió cuando el racionalismo y el empirismo habían empezado a imponer nuevas formas de ciencia y de filosofía, lo cual hizo imposible la consideración de las antiguas letras como el fundamento del conocimiento y el modelo de conducta. Como testigo de tal momento de transición entre dos épocas, Quevedo es un claro exponente de las limitaciones que el humanismo intelectual tenía desde sus orígenes, y que se fueron haciendo más evidentes con el paso del tiempo» (p. 3). El creador de los *Sueños* es contemplado así en la perspectiva de la decadencia del gran impulso intelectual que había comenzado en el Renacimiento, cuando muchos de los planteamientos y actitudes del humanismo ya no daban respuesta a los desafíos de una nueva realidad, y cuando la gran renovación del siglo XVIII todavía no alboreaba. La figura de nuestro escritor queda así históricamente iluminada en su grandeza, en sus tensiones y en sus debilidades.

El libro de Alfonso Rey, de cuya riqueza de detalles, tanto en datos como en interpretaciones, no puede dar cuenta una breve reseña, constituye una de las aportaciones más importantes de la crítica reciente al conocimiento de este autor extraño, fascinante e inagotable.

ENRIQUE MORENO CASTILLO  
BARCELONA